



KONVERGENCIAS Filosofía y Culturas en Diálogo
ISSN 1669-9092
Año V, N° 16 Tercer Cuatrimestre 2007

BREVE INDAGACIÓN TOPOFÍLICA DE LA INFANCIA.

Pablo Javier Pérez López (España)



Resumen: Se propone una breve y asistemática indagación en el espacio deseado y amado de la infancia a través del análisis de las imágenes poéticas de este lugar sagrado fuera del tiempo en su doble fundamentalidad de espacio vivido y espacio deseado como encarnación de la suprema felicidad.

Palabras clave: Infancia, poética, espacio, eternidad, imaginación, felicidad.

Abstract: This article attempts a brief and an asistematic indagation in the space wished and loved of the childhood through analysis of the poetic images of this sacred place outside the time in its double fundamentality of space lived and wished like incarnation on the supreme happiness sets out.

Key words: Childhood, poetic, space, eternity, imagination, happiness.

I. Introducción

El presente texto no es una lanzada búsqueda metódica al modo habitual de la filosofía sino por el contrario una actividad, un escrito que parte desde el envés de esta misma actividad, desde el encuentro vital. Es por tanto no una filosofía científica o categorial de tal o cual asunto sino un ejercicio de filosofía poética, creativa y creadora que analiza el encuentro poético concreto con una imagen poética que adquiere realidad efectiva huesuda y desiderativa. Se trata de una indagación topofilica alrededor de la realidad ontológica de la Infancia como imagen poética sempiternamente deseada como espacio hipotético de la suprema felicidad. Seguimos en lo fundamental el gran sendero abierto sugerentemente por Gaston Bachelard en varios de sus escritos de indagación en el imaginario poético, siguiendo especial atención a *La Poética del Espacio*. Esto implica negar con él la causalidad propia del psicoanálisis psicologista para aceptar que las imágenes poéticas despliegan chispazos originarios de novedad psíquica, es decir la recepción alámica de nuevos matices de lo real, de nuevas aristas de los objetos vitales de los que participamos en esta suerte de frondosa selva de milagros cotidianos. Frente al análisis psicoanalítico un análisis poético de las imágenes poéticas ofrece resonancias ontológicas útiles por renovadoras, sugerentes y transubjetivas. La imagen poética nueva para el lector desvela con la sugerencia propia de la sencillez infantil nuevas entretelas, estructuras y trasuntos de la realidad, de tal manera que el decir poético, descubre nuevas virtudes del ser con las que aún no habíamos rozado con nuestra piel primeriza. Una filosofía de la poesía que analice la imagen poética debe por lo tanto tirar con la suavidad propia de un buen remendador, de los hilos entretejidos en esa imagen, hasta llegar desde esas resonancias de lo real, desde esa propia realidad que resuena como el eco lejano de un certero grito, hasta el origen mismo, la esencia caliente de esa realidad. La imagen produce en el lector un nuevo sentido, le entrega una sugerencia nueva y rica. La conciencia del lector, del que se deja seducir por el cosquilleo de una nueva imagen poética encuentra una realidad nueva, una parcela nueva que no había explorado. Aquellos que se atreven a abrir la ventana sobre la que el poeta hace sonar pequeñas piedras abren un nuevo horizonte del ser del que participar, han acudido a la llamada del poeta que grita desesperado *¡Un nuevo horizonte! ¿Lo habían visto antes? ¡No se lo pueden perder!*¹

¹ " Yo diría que el síntoma de un gran poeta es contarnos algo que nadie nos había contado, pero que no es nuevo para nosotros. Tal es la misteriosa paradoja que yace en el fondo de toda emoción literaria. Notamos que súbitamente se nos descubre y revela algo, y, a la par, lo revelado

De esta manera el poeta es un creador de mundos nuevos que ofrece nuevos recipientes para encarcelar la esencia de las cosas. Que devuelve, con su siembra de imágenes poéticas, a los paseantes del mundo su sorpresa ante aquél lado oscuro de la realidad que la palabra ya no conseguía mantener, que ya quedó desprendido. El poeta es un rejuvenecedor del lenguaje, un ojeador jovial del mundo. Un hombre que se desviste de la norma para dibujar el mundo de nuevas formas de cabalgarlo. El poeta trata de devolver, como dice Bachelard, a la novedad, al origen del lenguaje. De ahí que la poesía sea una fenomenología del alma, un decir del extraño fenómeno del alma concreta, de la conciencia soñadora. La imagen poética es por tanto un producto de este alma ensoñadora que se atreve a visitar el mundo, no es sino una inauguración almática y primaria del mundo, del habitar. Un lanzarse a habitar los espacios del vivir. Sobre esos espacios es sobre los que un filósofo de la imagen poética tiende sus redes para recoger distintas imágenes creadoras de lo real y tratar de desmenuzar su esencia. El alma que inaugura una forma es potencia primera, dice Bachelard, es decir, la inauguración concreta de un mundo, actividad del poeta, se efectúa en el ámbito de lo posible, de lo deseable, de lo que será, de la pura potencialidad, masticando para el mundo real parcelas de lo posible, imágenes poéticas que incorporan lo deseable y lo descubierto por la circunstancia de cada animal poetizador. No se trata de evidencias con resonancias sentimentales sino de ver hasta que profundidades nos conduce la repercusión de tal imagen. El poeta reanima en nosotros profundidades en la propia conquista de nuestra existencia. El poeta con sus imágenes sugerentes y húmedas, recién concebidas nos reanima nuestro crear, nos sitúa en el origen de nuestra animalidad buscando empalabrar el mundo.

Pero esta imagen, además de convertirse en resonancia sugerente *crea ser*. Se hace habitable, es cascarón para transitar, para navegar el mundo. El causalismo psicologizante traduce en discurso científico o pseudocientífico lo que por originario, instintivo, biológico, poéticamente primario sólo puede traducirse poéticamente, es un logos poético, un decir sugerente, poroso, humeante. La existencia tiene en su sedimento primario una inmediata, imperiosa e ineludible necesidad de ilusión, de momento poético,

y descubierto nos parece lo más sabido y viejo del mundo. Con perfecta ingenuidad exclamamos ¡Qué verdad es esto, sólo que yo no me había fijado! Diríase que llevamos dentro, inadvertida, toda futura poesía y que el poeta, al llegar, no hace más que subrayarnos, destacar a nuestros ojos lo que ya poseíamos. Ello es que el descubrimiento lírico tiene para nosotros un sabor de reminiscencia, de cosa que supimos y habíamos olvidado" Ortega y Gasset; J. *Espíritu de la letra*. Rev. Occidente-Alianza. Madrid. 1986. Pág.126

sin conciencia imaginadora es imposible la existencia, y por ello el estudio de las imágenes poéticas que tendemos hacia lo real supone una indagación en la misma esencia de esa realidad. La voluntad de ilusión es condición de la existencia podríamos decir nietzscheanamente.

No se trata de analizar, a modo de crítico literario o lingüístico, la estructura comunicativa de la imagen empleada sino acceder a las resonancias ontológicas de la misma, a aquellas que generan un entusiasmo almático, una invitación originaria particularmente enriquecedora. Su riqueza estriba como decíamos en abrir posibilidades, abrir mundos en terminología heideggeriana, rejuvenecer deseos, despertar la libertad creadora y deseante. La poesía pone al lenguaje en un estado de emergencia, de impulso vital, despierta imágenes borradas, actualiza la originariedad del encuentro de las palabras y las cosas, invita eternamente a la libertad, a evadirse de la cerrazón del lenguaje especular, normativo, unívoco, muerto y despellejado. La poesía es evidencia viva y concreta de la heterogeneidad del ser. De la limitación del concepto.

La novedad significativa del lenguaje poético impide un análisis categorial del mismo desde el psicologismo, está repleto de deseo, de felicidad, de entusiasmo. Su significación es novísima y peculiar, casi instintiva. Es esa la función desiderativa del arte, el arte no puede ser otra cosa que " originariedad originante" Así es cómo traté de definir conceptualmente una filosofía que es actividad poética. Un arte de la filosofía. El artista, creando desde su vivir concreto y turbulento aumenta la variedad ontológica de lo real. La imagen no es ya imagen, mimesis, en el sentido platónico del término, desechada por copia de la copia del *Eidos*, verdadera y última realidad sino creación, poiesis en el mundo para explicar el mundo, la imagen poética es resonancia real y concreta y palpable en la versificación de la circunstancia de un animal humano, de la verdadera realidad encarnada en un hombre de carne y hueso que escribe por el instinto de tender puentes hacia lo esencial.

Pero esta concepción de imagen poética, puede resultar un tanto ambigua, nos dice Bachelard. No es el concepto común y manido de metáfora, no al menos en el sentido más habitual del término. Parece conveniente tratar de clarificar este concepto. Si atendemos al diccionario de la Real Academia encontramos que una acepción resulta especialmente significativa de la imagen: " *Representación viva y eficaz de una intuición o visión poética por medio del lenguaje*" , es por tanto la imagen fruto de nuestra potencia biológica mayor, aquella de producir imágenes, la imaginación. La imaginación se abre al porvenir bombardeando de fantasía lo real, lo pasado y lo presente real para

incrustar lo que parecía irreal e imposible en el ámbito de la posibilidad, del porvenir. La imagen es por tanto heredera de una voluntad de representación que nace de nuestra cualidad de animales fantásticos. El animal humano es ante todo vida, querencia y deseo arrojada a dos fines, querer saber, conocer y querer vivir, existir, perdurar. En este doble objetivo imagina y fantasea andamiajes que le permitan acceder a la realidad.

La imagen poética convertida en metáfora habitada es verdadera realidad² en la que resuenan, en la que se reflejan las intuiciones básicas de nuestra alma respecto a la cosa, lugar o espacio representado. En la imagen poética pueden encontrarse los reflejos intuitivos del alma de nuestra especie, de nuestra animalidad. De ahí que el método utilizado por Bachelard sea el fenomenológico que no es sino descripción de esencias que habitan en la conciencia, en el alma, en las almas. La poesía como actividad esencialmente fenomenológica, de recolección de intuiciones de esencias de lo real de cada animal poético nos otorga la posibilidad de hacer esa descripción, de indagar en el hecho reflejado, sentido o vivido, en este caso la gran aventura vivida, revivida y deseada que es la Infancia.

La poesía dinamiza esa actitud deseante ante el mundo que no puede ser sino a través del lenguaje en ese juego dialéctico de la posibilidad y la imposibilidad envueltas desde el lenguaje originario, fantasioso y sugerente.³ Estos presupuestos teóricos aquí expuestos en una exégesis de lo propuesto por Bachelard son los que componen la incitación fundamental para indagar en esos espacios felices mediante el examen de las imágenes poéticas básicas. Se trata de lanzar las redes hacia los espacios ensalzados y vividos y en concreto en los ejercicios imaginativos que los sustentan. Estas imágenes engloban una riqueza ontológica que puede servirnos de guía para visitar nuestra alma específica. Desde esta concepción de la poesía como compromiso con el alma del poeta, como actividad observable fenomenológicamente, como un decir de la experiencia fenoménica del alma, del vivir concreto de la conciencia soñadora. Sólo en la inauguración almática del acto poético podemos vislumbrar las esencias del ser y de los seres. Si el poeta

² " Hay metáforas que son más reales que la gente que anda por la calle. Hay imágenes en los escondrijos de los libros que viven más nítidamente que muchos hombres y mujeres. Hay frases literarias que tienen una individualidad absolutamente humana." *Libro del desasosiego*. Fernando Pessoa. Círculo. Barcelona. 1982. Pág. 58.

³ " Con la poesía, la imaginación se sitúa en el margen donde precisamente la función de lo irreal viene a seducir o a inquietar – siempre a despertar- al ser dormido en su automatismo [...] el automatismo del lenguaje..." *La poética del espacio*. Gaston Bachelard. FCE. México. 2005. Pág. 27.

reanima en nosotros esas profundidades, si nos desvela eso que ya habíamos vivido pero no reflexivamente podemos ver cierta subjetividad trascendental, cierta transubjetividad óptica de los espacios vividos y de las parcelas del ser en las que vivimos.

Siguiendo el examinar bachelardiano de las imágenes de los posibles espacios felices El texto presente quiere dirigirse a palpar la imagen poética de la Infancia como lugar o espacio de la felicidad suprema del mundo desde una perspectiva actual y retrospectiva. Se pretende pues, esbozar los principales trazos del paraje de la Infancia, a sabiendas de que éste espacio, el poético es un espacio vivido y por tanto no estrictamente geométrico. El espacio imaginado es un paisaje revisitado en la memoria y en la vida y por tanto doble, plural, participante de la doble ambigüedad que constituye el existir humano, el de la realidad y el deseo, el del vivir que deviene y el del imaginar que visita, revisita y para sutilmente el tiempo. Comencemos pues por tratar el tiempo de este espacio sagrado de la Infancia y el espacio de ese tiempo vivido.

II. Espacio sin tiempo, el lugar inmóvil y eterno

El espacio poético de la Infancia es el paradigma, el lugar primario de lo inmóvil y lo eterno. Es puro espacio, es como imagen poética habitada y deseosa de apropiación retrospectiva la imagen eterna de la eternidad, la imagen inmóvil de la eternidad. La niñez es la eternidad como imagen poética y como vivencia. De esta forma la esencia de la Infancia es la eternidad y la ausencia de dolor de Tiempo, el desconocimiento del devenir y del cambio. La ínsula sin tiempo a la que llega el naufrago. Es éste su constitutivo básico como realidad vivida y también como realidad deseada, como espacio recordado, revivido, revisitado y rehabilitado.

En las actividades artísticas, en diálogo trágico con el tiempo no se produce sino una comprensión del tiempo en el espacio del transcurrir. En el habitar poético, creativo, ensoñador *el espacio conserva tiempo comprimido*⁴ tal como afirma Bachelard. Un análisis topofílico, una topofilia supone siguiendo la estela bachelardiana un estudio de los parajes de nuestra vida íntima, y en este sentido la Infancia es un paraje sin fluctuación temporal, una eterna mañana de primavera donde nuestra piel nueva y

⁴ *La poética del espacio*. Gaston Bachelard. FCE. México. 2005. Pág. 38

entusiasmada roza el mundo y siente con una peculiar intensidad. La infancia como imagen poética es sólida e inmóvil. Es la montaña de nuestro origen en el mundo.

La infancia es un espacio vivido en una identificación plena con la Voluntad, con el impulso vital de tal forma que el tiempo no puede sino desconocerse. En los primeros años de niñez no hay tiempo y prueba de ello es que no hay memoria profunda y elaborada. La memoria, desconexa y confusa llega después en la "sobreinfancia" que no es otra cosa que la Infancia revisitada, reconstruida, traída de nuevo al pensamiento. La infancia no tiene mañana en palabras de Unamuno *es un día que se rompe y no se sigue*, es un reino de la eternidad, es un lugar del que se sale sin querer y al que no se puede dejar de querer volver una vez tomada conciencia del entretejimiento de ser y tiempo, del devenir de lo que llamamos vida, del ir a parar hacia... La niñez es el espacio, el poso primero y sustancial sobre el que se levanta la conquista de nuestro existir. Es el paisaje, la meseta, el valle sobre el que se levantan las cumbres de nuestro existir. La niñez es el puro espacio, el paisaje primero desde nuestro mundo sobre el que comienza la escalada del devenir.

Para decirlo nuevamente es puro espacio, desconocimiento del tiempo. Un reducto que aún el tiempo no alcanzó, un paraíso primero que aún no visitó la muerte, la podredumbre del ser. La Infancia es la eternidad más cálida y suave, la eternidad más animal posible. Un cielo de nubes inmóviles. Con qué fuerza esclarecedora nos dice esto Luis Cernuda:

Llega un momento en la vida cuando el tiempo nos alcanza. (No sé si expreso esto bien). Quiero decir que a partir de tal edad nos vemos sujetos al tiempo y obligados a contar con él, como si alguna colérica visión con espada centelleante nos arrojara del paraíso primero, donde todo hombre una vez ha vivido libre del agujón de la muerte. ¡Años de niñez en que el tiempo no existe! Un día, unas horas son entonces cifra de la eternidad. ¿Cuántos siglos caben en las horas de un niño?

Recuerdo aquel rincón del patio en la casa natal, yo a solas y sentado en el primer peldaño de la escalera de mármol. La vela estaba echada, sumiendo el ambiente en una fresca penumbra, y sobre la lona, por donde se filtraba tamizada la luz del mediodía, una estrella destacaba sus seis puntas de paño rojo... Allí en el absoluto silencio estival, subrayado por el rumor del agua, los ojos abiertos a una clara penumbra que realizaba la vida misteriosa de las cosas, he visto cómo las horas quedaban inmóviles, suspensas en el aire, tal la nube que oculta un dios, puras y aéreas sin pasar.⁵

⁵ Luis Cernuda. *Ocnos. Poesía completa*. Siruela. Madrid. 2002. Pág. 559

La infancia es pues, el rincón vital de la eternidad. En él no hay tiempo. Sin embargo, la palabra espacio tiene una doble dimensión, la de espacio recreado, la de espacio poético y la de espacio físico vivido. También, el espacio físico en el que transcurre la inmóvil y eterna Infancia conforma un sustento existencial. En el caso de Cernuda el rincón del patio de su casa natal es el lugar, el espacio sin tiempo, el espacio sin tiempo vivido y amado. Es de alguna forma la referencia situacional ante el mundo. El recuerdo de la ciudad, el valle, el barrio, el patio de guardería... es también un matiz existencial constitutivo del propio espacio poético revisitado como refugio del que salió de la eternidad infantil y sintió el dolor del tiempo descubriendo la muerte. Somos hijos de aquellos lugares. Somos de nuestro país como de nuestra Infancia como dijo Bachelard somos seguramente de ese espacio, de la patria de nuestra Infancia, de la patria de nuestra guardería como recuerdo haber escrito alguna vez. (y qué hermosa palabra unamuniana la de *matria* para sustituirla por patria. En matria hay resonancias del primer espacio maternal, del origen del mundo en un espacio materno y cálido, de eterna novedad y asombro cotidiano, la matria es el espacio de nuestro vivir primero en el que el alma se nutre, se alimenta con el peculiar instinto del recién llegado).

El espacio vivido y el que persiste re-creado en la Infancia participa de esa inmovilidad, el anciano que añora su pueblo natal sigue viviendo en su casa primera, aquella originaria y quizá rural donde llegó al mundo – qué sentido pleno tiene aquí hablar de casa natal-. De esta forma encontramos una relación de dos grandes tipos de espacio encadenados por la existencia concreta y concienzuda, almática de un hombre concreto. La niñez eterna, aquella que se vivió y se quiere recuperar en la memoria sigue existiendo en aquellos lugares, en aquellos rincones eternos del primer vivir pueril.

Esa casa natal es nuestro primer cosmos, tal como dice Bachelard, tiene el primer valor de nuestro habitar, un habitar que por infantil en origen es poético y creador. Nuestra creación del mundo no es sino desde ese primer rincón, desde nuestra primera isla de la infancia. Los espacios que acogieron los primeros momentos de ensueño solitario son los espacios eternos, las geografías primeras, los sustratos porosos de nuestro mundo conquistado. En ellos albergamos los primeros sueños, fue nuestro primer espacio onírico y a ellos volveremos cuando nos asesinen la imaginación, cuando nos despojen de la Infancia y volvamos a la necesidad onírica. Dice Bachelard; *nuestra memoria infantil no contiene más que memorias gastadas. Es en el plano del ensueño, y no en el plano de los hechos donde la infancia sigue en nosotros viva y poéticamente activa...Habitar oníricamente, la casa natal, es más que habitarla por el recuerdo, es vivir en la casa desaparecida como lo habíamos soñado.* El tedio del desván de la casa natal obliga a la

acogedora soledad de la ensoñación. La imagen poética de la choza infantil, de la casa infantil rezuma primitividad, esencia, y esa esencia es la que trata de exprimir de la imagen el fenomenólogo, el filósofo de la poesía, que descubre en la geometría ensoñadora del alma del poeta las cualidades originarias del objeto de indagación. La geometría se trasciende doblemente, en primer lugar porque la Infancia es más que la realidad y en segundo lugar porque la Infancia recobrada es un espacio no geométrico sino reinventado, deseado como una apropiación retrospectiva que simboliza la nostalgia de los rincones de la niñez.

No puedo dejar de recordar, si hablamos de la Infancia, aquél patio de la guardería y escribo: " Éramos Voluntad. No teníamos enquistado el miedo, el por qué y la causa dolorosa, no sabíamos lo que era el tiempo, la vida era el juego cotidiano de un patio inolvidable con una gran higuera en el centro a modo de maternos brazos protectores de madre abrazando a sus cachorros. En las pizarras nos enseñaban los símbolos extraños del mundo nuevo. Cantábamos y reíamos y guardábamos los vasos por orden. Dibujábamos con el instinto y el alma y nos enamorábamos de las niñas de coletas. Éramos juego, éramos alma alegre, éramos Voluntad, éramos niños, aún no habíamos muerto. Jugábamos a Indios y Vaqueros y escondíamos las pistolas en los huecos secretos de aquella higuera que aún nos recuerda. Todavía bailábamos en la eternidad de los patios sombríos como gorriones juguetones."

Aquella carbonera donde eran encerrados los niños que se portaban mal, las fuentes del colegio, la búsqueda de renacuajos en el estanque, romper el hielo de los charcos cuando bajábamos del autobús, criar gusanos de seda y coleccionar cromos de futbolistas, espiar a las chicas... todas esas actividades y sus espacios no quedan sino como símbolo de lo que un día fue mi Infancia pero su significado es de una riqueza ontológica apreciable, simbólicamente encarnan mi inocencia, mi ausencia de dolor del tiempo, son los parajes de mi eternidad vivida y con ellos me quedo para siempre. Son parajes que quedaron en el reino de lo eterno que trato de reconquistar en cruentas batallas con aquellos defensores de la razón y la adultez, de la responsabilidad y el compromiso con lo dicho, con las normas y reglas heredadas y repetidas ritualmente en las fábricas de adultos, también llamadas colegios.

¡En las horas de un niño caben cien mil mundos abrazados! Batallas y guerras de todos los tiempos, todo un mundo de juego sin cansancio ni prisa. El espacio de la Infancia es un cascarón mágico, un rincón acogedor, una primera hura cálida desde la que el

cachorro comienza a asomarse al mundo. No hay medida en las horas del infante, sólo una agradable soledad ensoñadora donde el lunar encantamiento del vivir pleno inunda todos los rincones. La ternura del espacio poético infantil es de una fuerza mítica, no hay deseo en él sino impulso vital, excentricidad almática, agitación vital. En el rincón, en el interior de la feliz penumbra, en esa sombra asombrada ya se forma la perla. En el interior de su concha el niño palpita de Voluntad, entusiasmado, poseído de un potente instinto biológico. Con qué meridiana y sugerente embriaguez dice esto el poeta:

Al caer la tarde, absorto

Tras el cristal, el niño mira

Llover. La luz que se ha encendido

En un farol contrasta

La lluvia blanca con el aire oscuro.

La habitación a solas

La envuelve tibiamente,

Y el visillo, velando

Sobre el cristal, como una nube,

Le susurra lunar encantamiento.

El colegio se aleja. Es ahora

La tregua, con el libro

De historias y de estampas

Bajo la lámpara, la noche,

El sueño, las horas sin medida.

Vive en el seno de su fuerza tierna,

Todavía sin deseo, sin memoria,

El niño, y sin presagio

Que afuera el tiempo aguarda

Con la vida, al acecho.

En su sombra la perla ya se forma.⁶

Es por esto por lo que tratar de esbozar las estructuras topofílicas de la Infancia supone, en primer lugar, decir que la Infancia, es un espacio feliz, y quizá el mayor espacio deseado y habitado de felicidad en gran medida por ser sólo un espacio, por desconocer el tiempo. Por ser la propia eternidad y por tanto el lugar sin muerte, dónde esta se desconoce y el niño es capaz de preguntar: *Quantos días depois de ter morrido se volta a viver?*⁷

Por qué no decir que toda la actividad artística es dialogo esencial con el tiempo, melancolía de lo eterno, búsqueda de la eternidad desde una actividad que busca volver a una nueva infancia, que quiere desaprender la inexorabilidad del devenir para volver a desconocer la muerte en sus juegos esenciales. En palabras de Juan Ramón Jiménez, hay que imponerle la eternidad a la vida. E imponer la eternidad en la vida no es sino recuperar una infancia nueva.

Es por todo esto por lo que volver a estos espacios donde conocimos lo eterno nos permite reencontrarnos con la niñez, con la nuestra, que nos espera sentada en aquél patio de juegos del colegio o la guardería, en la primera cuna que albergó nuestro sueño, el jardín, el rincón donde soñamos ser quienes no éramos y quienes quizá llegamos a ser. Volver al sitio del que se nos ha desterrado da lugar a una emoción incomparable. De qué forma clara y vibrante nos recuerda esto Ortega:

Allí donde hemos vivido horas profundas, horas esenciales de nuestra vida parece como si quedara retenido por siempre algo de nuestra persona. Al abandonar el paisaje, el pueblo donde se deslizó la niñez, la mocedad, nos dejamos en él nuestro yo niño, nuestro yo mozo, y al tornar a ellos luego, un día de entre los días, nos sale de todos los rincones

⁶ Luis Cernuda. *Poesía completa*. Siruela. Madrid. 2002. Pág. 492

⁷ ¿Cuántos días después de haber muerto de vuelve a vivir? Antonio Osório. A ignorancia da morte. Ed. Presença. Oporto. 1982. Pág. 45.

*al encuentro en forma de reminiscencia nuestro propio corazón juvenil y nos hace el saludo tembloroso de un amigo entrañable con quien ya no se contaba. Volver al sitio de donde se nos ha desterrado es una emoción incomparable porque es en cierto modo, volver uno a sí mismo, volver a entrar en el propio pasado, volver a hallarse en un cuarto del propio corazón, que estuvo largo tiempo cerrado.*⁸

El espacio de la Infancia es una eternidad a la que se vuelve con particular emoción. La emoción del poeta desterrado de la República, la emoción del ingenuo niño creador de universos a su nido originario. El espacio de una primigenia ingenuidad, de un germen de biológico instinto ensoñador es lo que encuentra el que persigue las huellas del tiempo hacia nuestro origen del mundo.

El espacio infantil, el parque que veo desde esta ventana en que un niño desde el columpio grita *¡Viajeros al tren!* Supone un habitar poético pleno. Es decir creativo, creador, evocador, buscador incesante de sentidos, de mundos. Un sentido creador que todavía encuentra el misterioso susurro del habitar. El niño, no conoce el desarraigo, su espacio materno se amplía al mundo, a la tierra entera instintivamente habitada con especial arrojo. En ese espacio sin tiempo, creador y creído nace la felicidad del espacio infantil, en su ausencia temprana de apartar el vivir para el pensar. Incluso ese tren al que el niño del parque cercano invita a habitar es real. Ése tren que el adulto no ve es real, su traqueteo, su humo y su pitido son realidades traídas a lo real por un habitar infantil creador y ensoñador. Sólo un espacio imaginado y vivido puede ser habitado. Sólo un espacio vivencial total como el poético puede ser recuperado para un habitar pleno. Y es que ese espacio infantil es una gran hura de lobeznos hambrientos ampliada por la curiosidad a todo el teatro del mundo. Todo un vientre cálido que se amplía y que se quiere con instinto y profundidad biológica. El niño no está en un lugar, el niño imagina y siente un lugar, lo habita como el vagabundo que crea una pequeña patria, un pequeño vientre, una madriguera donde descansar en un mundo hostil. El niño tiene patria, tiene patria como dijimos, un lugar donde no se siente extraño. Esa ausencia de desarraigo es la que busca el que vuelve a la infancia, como una vuelta al espacio sagrado del vientre originario del mundo. El propio instinto biológico del habitar animal que además crea lugares reales o traídos a lo real para vivir " en su mundo" .

⁸ Ortega y Gasset., J. Misión de la Universidad. Alianza-Revista de Occidente. Madrid. 2004.

El hombre que no siente vergüenza de un habitar ingenuo y poético, creativo, donde todavía es posible imaginar, crear mundos en el mundo que acojan su cuerpo y su alma que sueña. Quizá un análisis topofílico, es decir del lugar habitado, sentido, deseado y amado debe pasar irremediamente por una vuelta a las actitudes primigenias y primitivas del poeta y del niño. El lugar de la infancia, físico o hecho de pensamiento anudados fuertemente al mundo es un lugar donde mantenerse a salvo del enemigo, del colegio, de los odiadores del imaginar y de los defensores de una adultez que pisa y mata la infancia. Sólo el espacio conquistado para imaginar, donde todavía es posible imaginar es un espacio habitado. Abrazar un espacio, cerrar las ventanas de una guarida conquistada para resguardarse del tiempo – ese asesino que ningún policía persigue por las calles- y del castigo al ensoñador.

Este espacio infantil vivido y rehabilitado no puede entenderse sino como aceptación de la sugerencia nietzscheana que entiende la voluntad de ilusión como condición de la existencia y la reivindicación de un habitar poético y pleno frente al contemplar platónico, romántico y cristiano. Se trata de abrazarse al barro cálido del mundo, al espacio del mundo, de sentir y vivir con plenitud animal el espacio y también irremediamente el tiempo como pequeña eternidad impuesta a la vida.

De esta manera advierte el poeta que para habitar la tierra, para un auténtico habitar el espacio del mundo es necesario hacerse como niños:

*Si no os hicieréis como niños
no entraréis en el cielo de los reinos:
La tierra.⁹*

Sólo un habitar animal sin conciencia profunda, sin la enfermedad de nuestra especie, puede dar lugar a una poética del espacio habitado con felicidad. Habitar la tierra, el espacio consiste en algo más que rellenarlo, en algo más que pensarlo, hace necesario un habitar infantil y poético, imaginativo.

El espacio de la infancia sigue siendo el nido cálido al que quiere volver el adulto herido por el tiempo y la conciencia de lo trágico. No debe ser casualidad que en portugués nido se diga *ninho*. Es este sin duda un vestigio, un atavismo del tuétano limítrofe de los dos conceptos vividos como muy cercanos.

⁹ *Ancia*. Blas de Otero. Visor. Madrid. 1999. Pág. 120

III. El espacio de la plena excentricidad almática

El espacio sin tiempo de la infancia es además el lugar donde el alma se muestra sincera y valiente, sin coraza. Gran parte de la culpa de la nostalgia y el amor referido al espacio y a los espacios de la Infancia tiene que ver con el alma que en aquellos tiempos poseemos, inquieta, indomable, arrojada hacia la periferia, sin doma posible de la conciencia, del yo. Es el espacio de la plena excentricidad almática en feliz expresión orteguiana. Es el lugar sin tiempo donde el que un recién llegado arquero catapulta su alma gruesa y tozuda al mundo entero, deseoso de abrazo imaginativo y carnal. El alma infantil es esencialmente, biológicamente, animalmente, excéntrica, Periférica, deseante, querencial, no posee plena individualidad sino que anda siempre difuminada, desteñida por el mundo, por los más alejados rincones del existir, del patio del vivir. El niño, aún sin conciencia plena, es decir sin representación reflexiva de los objetos, de lo contrapuesto a sí mismo, es movido por la fuerza tierna de la vida, del ser caminante e impetuoso que como quijotesco caballero no desfallece enamorado de cierta plenitud en su cabalgar a no se sabe muy bien dónde. El niño es un explorado errante del cosmos con su alma imaginante y corpórea. No hace sino arrojarse poseído por cierto espíritu sagrado, quizá el mismo espíritu sagrado y esencial del poeta. Su creación de mundo no es sino síntoma de su alma arrojada de la misma forma que su obsesión por el habitar las más extrañas raíces aéreas y terrestres del árbol del ser en busca del calor del mundo.

La fuerza tierna, como decía Cernuda, es síntoma de animal y biológica entrega a la alteridad de seres mundanos y celestes. El individuo no se forjará sino en un pequeño progreso que supone su propio adueñamiento. Hay dos grandes metáforas orteguianas que rebelan este peculiar instinto de deseo de abrazo imaginario y carnal de la alteridad, la metáfora del cascabel y la de la varita de virtudes. Ellas dos tratan de mostrar como el alma infantil está despegada de nuestro ser, se aleja, se dispara hacia lo otro, hacia lo otro real e imaginario. No tiene pues caparazón. La verdadera madurez será aquella que reintegre la infantilidad, que la asuma, que mantenga un alma excéntrica que todavía pueda vibrar entusiasmada. Risa, amistad, amor y entusiasmo guían la mocedad, ¿qué hacer sin ellas? ¿Cómo vivir sin ellas?

La incompreensión de lo infantil deriva de su tratamiento en la misma esfera de la adultez y en su intento de amputación o deformación de lo infantil. Sólo aquellos hombres que todavía llegan en el ángulo de la pupila una inquietud latente parecen estimables por su gran brinco sobre la vida. La negación de la infancia debe ser dialéctica, es decir,

integradora. De la audacia, de la díscola interioridad de lo impertinente. Y es el caso que como el cascabel, lo mejor de nosotros está en el son que hace el niño interior al dar un brinco para liberarse y chocar con las paredes exorables de su prisión. Qué poco decir es el sereno que no lleva palpitante e incordión un incorregible niño prisionero. Es necesario dejar que en el paisaje natural del niño germinen, sin prisa, sus intuiciones y hambres de llegada.

Además de corazón, núcleo íntimo agitado, de nuestra coraza de madurez. La niñez es presentada en esta otra gran metáfora pedagógica del maestro como varita de virtudes. Los objetos que existen para el niño son los vitalmente deseables. Al niño le interesa lo deseable frente al hombre maduro que muestra interés por lo real, precisamente por serlo (aunque no sea deseable) La varita de virtudes es precisamente aquella que posee el niño y que le permite convertir el universo en un paisaje habitado por cosas deseadas. Pedagogía humana no puede ser otra que no tome la seriedad del desideratum infantil para el futuro de la madurez, que mantenga y encauce el hambre esencial, el deseo esencial del niño. ¹⁰

IV. Espacio imaginante e imaginado

La doble fundamentalidad de la infancia, que ya hemos delineado, reside en una doble vivencial-imaginativa. La vida profundamente adentrada, alejada del dolor de la conciencia de lo trágico, en su puro abrazo es la imaginante, la animalidad fantástica, que nos caracteriza como especie, de esta fantástica animalidad – que es sinónimo de esa excentricidad almática ya caracterizada- es máxima expresión la niñez y su espacio e imagen poética imaginante. Desde esa capacidad biológica del fantasear, es decir del vivir de ilusiones surge la otra cara de la doblez ontológica de nuestro ser, de nuestro existir, la imaginada, la deseada, frente a la que imagina o desea son la naturalidad instintiva de otro animal de la fauna del vivir. Al fin y al cabo el espacio de la infancia real y el de la infancia deseada, recuperada querencialmente tras el descubrir el dolor de su pérdida advierte el trasunto esencial de la doble fundamentalidad del vivir, una infancia doble imaginante e imaginada no es sino expresión de nuestra vida doble, de nuestras dos vidas, la amarrada al yugo de lo real y la abrazada al calor del deseo. Nuestras dos vidas, por tanto, la de la infancia eterna y verdadera y la que se vive muriendo en anhelo de una nueva ingenuidad poetizante:

¹⁰ Del autor del presente escrito. En *La necesidad de la sugerencia*. A parte rei. N° 51. Pág 5.

*Temos todos duas vidas:
A verdadeira, que é a que sonhamos na infância,
E que continuamos sonhando, adultos, num substrato de névoa;
A falsa, que é a que vivemos em convivência com os outros,
Que é a prática, a útil,
Aquela em que acabam por nos meter num caixão.
Na outra não há caixões, nem mortes,
Há só ilustrações de infância:
Grandes livros coloridos, para ver mas não ler;
Grandes páginas de cores para recordar mais tarde.
Na outra somos nós,
Na outra vivemos;
Nesta morremos, que é o que viver quer dizer...*¹¹

V. El dolor de la pérdida y la necesidad imperiosa de la recuperación. El dolor del devenir y la sobreinfancia.

El dolor de la pérdida de la infancia es el dolor de la pérdida de la edad eterna del infante que juega con la fuerza tierna de un viejo y manso dinosaurio. La gran tragedia del mundo, el primer atisbo del sentimiento trágico del vivir, de la gran herida del mundo que supura por todos los rincones del cuerpo del poeta, de un sintiente con especial

¹¹ Poesias de Álvaro de Campos. Fernando Pessoa. Europa-América. Sintra. Pág. 231.

Todos tenemos dos vidas:

La verdadera, que es la que soñamos en la infancia,

Y que continuamos soñando, adultos en un sustrato de niebla,

La falsa que es la que vivimos en la convivencia con los demás,

Que es la práctica, la útil

Aquella en que acaban por maternos en un cajón

En la otra no hay cajones, ni muertes,

Hay sólo ilustraciones de infancia:

Grandes libros coloridos, para ver pero no leer,

Grandes páginas de colores para recordar más tarde.

En la otra somos nosotros,

En la otra vivimos;

En esta morimos, que es lo que vivir quiere decir....

sensibilidad, consiste en dejar de ser niño, esto es, en perder la infancia, en dejar de ser animal para padecer la enfermedad del conocimiento reflexivo. Con qué claridad vibrante nos dice esto Miguel Torga:

*Joga a bola, menino!
Dá pontapés certos
Na empanturrada imagem
Deste mundo.
Traça no firmamento
Órbitas arbitrarias
Onde os astros fingidos
Percam a majestade.
Brinca na eterna idade
Que eu já tive
E perdi,
Quando por imprudência,
Saltei o risco branco da inocência
E cresci¹²*

Este volver a ser animal consiste en tratar de saltar de nuevo esa raya de tiza blanca que alguna vez marcamos en alguna plaza, en algún patio de colegio, sin querer, sin saber,

¹² *Parque infantil*. En Antología poética. Miguel Torga. Dom Quixote.1999. Pág. 314

¡Juega a la pelota niño!
Dale patadas certeras
A la atiborrada imagen
De este mundo.
Traza en el firmamento
Órbitas arbitrarias
En que los astros fingidos
Pierdan su majestad.
Juega, en la eterna edad
Que ya he tenido
Y que perdí,
Cuando, por imprudencia,
Salté la raya blanca de la inocencia
Y crecí

que traspasarla era la puerta al profundo dolor del tiempo, de las costumbres y del querer saber desmesurado. A sabiendas de que *la infancia no puede revivirse ni con el recuerdo, no con la imaginación, y que cuando mucho, lo que se crea es otra Infancia*, esta necesitada infancia que se trata de reconstruir, de recuperar consiste en volver a ser animal imaginador, para el que la ilusión, no es entretenimiento infiel sino condición de nuestro existir palpitante y apasionado.

La originaria genialidad epistémica, poética y filosófica del espíritu de la niñez, esa intuición del misterio total y eterno, la alegre originalidad de toda niñez sana y la potencialidad de descubrimiento queda de relieve en las palabras de Unamuno:

*Acaso no haya concepción más honda de la vida que la intuición del niño, que al fijar su vista en el vestido de las cosas, sin intentar desnudarlas, ve todo lo que las cosas encierran, porque las cosas no encierran nada, siente el misterio total y eterno, que es la más clara luz, toma a la vida en juego y a la creación en cosmorama.*¹³

Esa imaginación que vive y sueña lo soñado y lo vivido, que es viaje de genial locura, muere con el crecer, con el absurdo creer en el sentido del vivir y el existir como fuera todo ello, algo más que un serio juego, un juego infantil del que nace el arte (como bien sabía Schiller) El padre del juego, es el padre del arte, y del hombre (Wordsworth) y todo porque la vida es un sueño y un juego que sueña y vive el niño. La dialéctica del crecimiento físico y racional emite decretos de destierro contra aquellos que todavía se dejan seducir, como niños, por el misterio del mundo. Unamuno recuerda muy bien como *todo era para nosotros como para los primitivos misterioso*, un misterio que para el adulto metafísico despreciador del poeta, del niño, del que hacer del pensar un arte y no un método de mecanismo indagadores de la universalidad, es sinónimo de estúpida puerilidad.

La Infancia como paraíso perdido queda muy bien caracterizada de nuevo por Unamuno: *¡La niñez! El recuerdo más o menos claro de nuestra niñez es el bálsamo que impide la total momificación de nuestro espíritu. En las horas de sequedad y de abandono, cuando se toca el tremendo vanidad de vanidades, cuando fatigado el espíritu de la peregrinación a través del desierto, penetra en el terrible misterio del tiempo, y ve abrirse el abismo sin fondo de la nada, entonces se oyen en el silencio los ecos dulces de la niñez lejana como rumor de aguas vivas y frescas y de humilde arroyo que sigue fluyendo bajo las secas y ardientes arenas.*¹⁴

¹³ Cita en Iglesias Ortega.,L. *Unamuno. Especie única*. Pág. 55

¹⁴ Cita en Iglesias Ortega.,L. *Unamuno. Especie única*. Pág. 58

Sólo los hombres de niñez larga en los que la inocencia infantil se prolonga son verdaderos hombre creadores en los que perdura la querencia a la leyenda y a la creencia, a lo poético y a lo apasionado. Quizá el niño que llora porque sabe que se va a hacer mayor sea el ya habitado por un hombre que intuye el peligro y el dolor de las revelaciones de los que han perdido su condición de infantes, aquellos a los que se permite todavía imaginar, ensoñar, reír, bailar sin cadenas sobre la piel suave y sugerente del mundo. El fin de la infancia llega con la revelación de la muerte, no con la experiencia visual de la misma, no con el oír hablar de ella sino en el llegar suyo a la conciencia que se despierta después de su abrazo adormecido con la voluntad, con la vida plena y entera.

Otra herida clave que ahoga la niñez plena y vivida es la pérdida del reinado del imaginar en el alma concreta del animal humano. El surgir despótico de la inteligencia razonadora arruina aquella época en la que no se tenía concepto de esperanza pues nada se tenía por imposible. El niño no cree en las demostraciones razonadas porque no cree que haya nada que demostrar, la vida se basa en vivir y su preguntar y su querer saber más que ansía de explicación ilustrada es deseo innato de comprender. El niño irrealiza, trae a lo posible todo lo imposible. La imaginación que ha reinado los primeros años el lama inquieta y excéntrica queda subsumida, de la misma forma que lo fue el mito por el concepto socrático en Platón, por un discurso de lo posible, de lo real y sobre todo de lo verdadero. La obsesión por una verdad que se busca y no se encuentra desecha la imaginación y retuerce el alma infantil devolviendo al platonismo invertido de la infancia a su posición inicial. La llegada a la edad de la razón sin una integración plena de la mirada infantil, de una animalidad fantástica, de una varita infantil, de un núcleo de cascabel centelleante, supone una llegada definitiva de la posibilidad de una feliz ingenuidad de fidelidad trágica a la vida, una salida total del habitar poético, de la posibilidad creadora, de la propia condición pisoteada, olvidada y humillada de nuestra animalidad imaginadora e imaginante.

VII. El espacio poético de la Infancia como espacio desiderativo de la suprema felicidad.

Cada uno de estos destellos que quedan reflejados en la red de las imágenes poéticas de la infancia dan cuenta de por qué puede considerarse, tanto su vivencia como su intento de recuperación retrospectiva la llegada al espacio deseado con mayor fuerza como el lugar donde palpar, sentir y disfrutar la ingenuidad de una suprema felicidad.

El curso de doctorado que incita este escrito tiene por título acertado y sugerente: “ ¿El ser humano viene al mundo para respirar bien? Análisis de las imágenes de algunos (posibles) espacios felices” de manera que no podemos caer en el error del olvidar para qué una caracterización de la esencia de la Infancia y de su espacio habitado y re-habitado sino como expresión de un posible espacio feliz, del mayor espacio feliz imaginable por ser como ya dijimos mero espacio sin dolor de tiempo, lugar donde el alma vibra y se esparce a lo periférico del mundo en curiosidad instintiva y biológica, como lugar de la máxima potencia imaginativa... y todo ello en función de la gran ingenuidad infantil, la misma ingenuidad animal, la de desconocer la muerte, la de vivir sin consolarse sino afilando sus instintos tanto imaginadores como corpóreos.

Quizá, casi con absoluta seguridad la felicidad esté en aquella animalidad que no se pregunta para qué ha venido al mundo. La felicidad está en un vivir pleno ausente de preguntas, en un rozar el alma y saborear. El sabio es el que saborea con su piel este vivir primitivo, poético, infantil. La felicidad está en el entusiasmo del amor al mundo, en el sin por qué del mundo, en el amar sin saber por qué se ama, verdadero amor por tanto. La felicidad está en el querer entusiasmado de los niños poetas, en querer este raro lugar al que llegamos, o al menos uno de los lugares habitados. La felicidad está en cantar, paradójicamente, la tragedia del existir. Sólo desde esta sugerencia nietzscheana del habitar la tierra, el barro cálido del mundo puedo entender el espacio poético infantil y la felicidad de recobrar una infancia perdida en un vivir pleno que ingenuamente acepta una eternidad cotidiana impuesta en la vida, en la actividad del creador de mundos, del poeta, del niño.

Desde esta perspectiva el espacio poético de la Infancia no es la asimilación de la sabiduría, el placer o la prosperidad sino la ausencia de dolor de tiempo, la sabia ignorancia del infante es el origen de su felicidad de su desconocimiento del dolor. Es pura asimilación a la Voluntad, el primer instinto animal y biológico de un alma deseosa de cabalgar el mundo. Ni optimismo ni pesimismo, puro desear sin saber que se desea, pura querencia sin memoria, sin conciencia plena, como un animal que no puede sufrir pues cumple sin rechistar el dictado del instinto pleno y rotundo.

La felicidad consiste probablemente en el desconocer el dolor del mundo, y si alguien desconoce el dolor del mundo, y quiere desconocerlo es el niño, que vive la vida como puro juego sin argumento. No esperar de la vida más que un juego sin argumento, un juego serio, donde tratar de perseverar. En definitiva parece necesario revertir el consabido adagio de Virgilio: *Felix quit potuit cognoscere rerum causas* y decir *Feliz aquél que no quiere saber las causas de las cosas*.

Apuntes alternos derivados de esta indagación topofilica.

El niño, desea del cielo cuantas nieves sean precisas pero no para habitar en la calidez de la madriguera, del hogar, sino para no dejar de mirar por la ventana ese milagro, hasta que la madre deje al niño salir a jugar con ella. Hay más poesía del juego que del habitar en ese invierno que Baudelaire esbozaba como la más vieja de todas las estaciones.

No hay nada más útil que la ensoñación, nada más biológico, nada más necesario, nada más decisivo. La ensoñación decide, elige, salva.

La fenomenología de la inmensidad habitada de la concha, del rincón, del cosmos que es habitado, la del desván...es, esencialmente, primitivamente, la fenomenología, es decir la descripción de las esencias de todas las almas poéticas que todos los niños de la historia dejaron en las telarañas del tiempo y del espacio, en el interior de la vieja concha del caracol enorme de la tierra.

Desde el vientre materno el refugio habitado desde el que nuestra enferma animalidad ensueña se alarga desde el rincón diminuto con el que se conforma el niño, hasta la tierra entera abrazada y habitada de una sola vez por una alma nuestra concreta hecha gigante y desprendida, pasando por la habitación e irremediamente la casa, la calle y el barrio o las plazas y otros rincones cálidos de nuestras ciudades medianas y pequeñas.

La ciudad es, debería ser, quiero que sea, una gran guardería desalmada donde soy cazador de poemas, donde encuentro pequeñas huellas poéticas de otras almas antiguas que esbozan biografías lejanas de habitantes pasados que amaron los mismos lugares que yo ahora habito dejando en el tuétano caliente del alma del lugar un retazo concreto, una hebra hilada en un tiempo concreto y decisivo. El alma de la ciudad vieja, de la plaza vieja, es como una urdimbre antigua que se remienda siglo a siglo por animales solitarios y soñadores.

Los espacios de la suprema felicidad no pueden ser sino los de la ausencia de dolor, los de la máxima ingenuidad, los del vivir sin la herida de la reflexión, los del alma animal y entusiasmada; la cuna, el jardín, el patio, el rincón, el primer cascarón que luego mudamos al crecer y quedar heridos de muerte por el tiempo.

Bibliografía

- George Jean., *Bachelard, la infancia y la pedagogía*. FCE. México. 1989
- Bachelard., G. *La poética del espacio*. FCE. México. 2005
- El derecho de soñar*. FCE. Madrid. 1997
- Lautréamont*. FCE. México. 1997
- Cernuda, L. *Poesía Completa*. Siruela. Madrid. 2002
- Pérez López, P.J. *La necesidad de la sugerencia. A parte rei*. Revista de Filosofía.. Número 51.Madrid. Mayo.2007 <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/sugerencia51.pdf>
- Notas para un acercamiento a la niñez como cuna filosófico-poética*
(próxima publicación en Estudios Filosóficos)
- Rodríguez, Claudio. *Poesía completa*. Tusquets. Barcelona.2001
- Savinio, A. *Tragedia de la Infancia*. Pre-textos. Valencia. 2007
- Torgo, Miguel *Diario I y II* Alfaguara. Madrid. 2006/1996
- Osóri, A. *A ignorancia da morte*. Ed. Presença. Oporto. 1982
- Heidegger, M. *Construir, habitar, pensar*. Serbal. Barcelona.1994
- Iglesias Ortega, L. *Unamuno. Especie única*. (Véase con especial atención el capítulo II. *En busca de una infancia perdida*.)
- Unamuno, M. *La vida literaria* (Véase con especial atención los artículos La soledad de la niñez y La originalidad de la niñez)